

SEGLARES CLARETIANOS. ENCUENTRO ZONA NORTE. Leioa-Getxo, 14 de noviembre de 2010.

SOBRE EL FUEGO, LA MISIÓN Y LA VIDA

Queridas hermanas y hermanos, la reflexión que comparto con vosotros esta mañana quiere ante todo motivar. La espiritualidad es un tema del que se habla mucho en la Iglesia. Queremos una sana espiritualidad. Es algo que sentimos en toda la Iglesia con fuerza, también en la familia claretiana. Lo que os digo es algo que me digo a mí mismo. Igual resulta que también es válido para otros. Pues, qué bien...

Quiero desarrollar esta reflexión en tres pasos:

1. ¿Cómo hemos sentido esta necesidad los Misioneros Claretianos?
2. No es sólo una cuestión de espiritualidad.
3. Una imagen para cuatro dinámicas.

1. ¿Cómo hemos sentido esta necesidad los Misioneros Claretianos?

La Declaración del XXIV Capítulo General lleva por título: “*Hombres que arden en caridad. Llamados a vivir nuestra vocación misionera hoy*” (HAC).

La pregunta que el Capítulo tenía sobre la mesa era la siguiente: ¿Cómo *vivir* nuestra *vocación misionera hoy*? Se presentaban tres palabras clave en todo esto: VOCACIÓN (mejor que identidad); VIVIR (pues el déficit no se hallaría en la “definición”, sino en la vivencia, esto es, en el compromiso por *vivir* esa identidad tan conocida); HOY (una nueva situación marcada por la interculturalidad).

La parte II de HAC (*El fuego que nos abrasa*), recoge en buena medida el trabajo de la Prefectura de Espiritualidad (La Fragua...), y muy en concreto la “Meditación sobre la *Definición del Hijo del Inmaculado Corazón de María: Hombres que arden en caridad*”, de Gonzalo Fernández. Meditación de 23 pp. en DIN-A4.

El Capítulo no quiso re-escribir la MCH. Habían pasado 30 años desde el célebre Capítulo del 79. La Congregación no llegaba con fuerzas para un esfuerzo de ese calibre. Todos (esto lo pudimos ver en las respuestas al

cuestionario) sabemos lo que tenemos que vivir, ser y hacer. La pregunta era ¿cómo vamos a “vivir” lo que ya “sabemos”? Semejante pregunta no necesitaba una nueva MCH, sino un “*motivo inspirador*” claro. Ese motivo se ha visto en la Definición del Misionero (CC 9). Aunque sea cosa sabida lo podemos recordar: *para el P. Claret el amor es el motor de la misión*. La imagen del fuego sirve a esa idea central. Esto es lo que Claret ve constatado en el acontecimiento de Pentecostés: “*El mismo Espíritu Santo, apareciéndose en figura de lenguas de fuego sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, nos da a conocer bien claramente esta verdad: que el misionero apostólico ha de tener el corazón y la lengua de fuego de caridad. El V. Ávila fue un día preguntado por un joven Sacerdote qué es lo que debía hacer para salir buen predicador, y le contestó muy oportunamente: amar mucho. Y la experiencia enseña y la historia eclesiástica refiere que los mejores y mayores predicadores han sido siempre los más fervorosos amantes*” (Aut. 440)¹. Su oración más incesante es pedir caridad: “*¡Oh Jesús mío!, os pido una cosa que yo sé me la queréis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor, llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo a la tierra. Ven, fuego divino. Ven, fuego sagrado; enciéndeme, árdeme, derrítame y derrítame al molde de la voluntad de Dios*” (Aut. 446).

También en la autobiografía podemos leer: “*la virtud que más necesita un misionero apostólico es el amor. Debe amar a Dios, a Jesucristo, a María Santísima y a los prójimos. Si no tiene este amor, todas sus bellas dotes serán inútiles; pero, si tiene grande amor, con las dotes naturales, lo tiene todo*” (Aut 438). Y esta petición acompaña a un pensamiento obsesivo en Claret: *cómo seguir e imitar a Cristo*.

La Meditación que acompañaba a la carta-anuncio del Capítulo General recogía esta inquietud: “*Lo más determinante para el futuro no es lo que sucede ‘fuera’ y que no podemos controlar (factores demográficos, socio-políticos, económicos, culturales, etc.) sino lo que sucede ‘dentro’ de nosotros (la fuerza del propio carisma y la manera como lo vivimos). Es un hecho comprobado en la historia de la vida religiosa que si no se da una fuerte revitalización carismática de las personas la decadencia de los institutos acaba siendo inevitable*” (p. 32 del folleto). Y un poco antes el mismo documento decía: “*No hay ninguna posibilidad de renovar la vida de la Congregación si cada uno de nosotros no renueva la experiencia de su propia vocación. Necesitamos una y otra vez saber quién nos llama, con quién debemos compartir el camino y a qué misión nos invita*” (p. 30).

¹ Citado en HAC 42.

En el día de retiro previo al inicio del Capítulo, el general de los jesuitas, Adolfo Nicolás, nos decía que *“todas las religiones tradicionales (también la nuestra) han pasado por un problema de credibilidad. Hablamos de ‘salvación’ y no sabemos qué queremos decir. Tenemos teorías que no están confirmadas o verificadas (por ejemplo, en el campo de los sacramentos). Occidente ha racionalizado todo. La racionalización no nos sirve. Hemos perdido capacidad para llegar a la gente. La racionalización nos cansa espiritualmente. Lo que necesitamos es un CAMINO. Las respuestas instantáneas no responden. Necesitamos respuestas que vengan de la vida real, de la comunidad vivida, es decir, algo alternativo real (verificado o verificándose). ‘Lo de siempre’ no está funcionando”*.

La parte II de HAC quiere ofrecer una motivación para que podamos *vivir nuestra vocación misionera hoy*. A la Congregación no sólo le preocupa la vivencia espiritual de sus miembros. Le preocupa llegar a la gente, porque es una Congregación misionera. Ahora bien, en la línea del testimonio del P. Nicolás, todo ello supone una manera de entender la espiritualidad y la misión distinta, porque “lo de siempre” no está funcionando.

La Congregación, en el XXIV Capítulo General, vuelve a poner ante nuestros ojos la Definición del Misionero, y se nos invita a creer que esa vida, con la ayuda de Dios, es posible y merece la pena ser vivida. Ahora bien, el “modelo” que se nos presenta, y que se nos presenta “hoy”, requiere una lectura adecuada: *“Lo que transmitimos –escribe Gonzalo Fernández- no es una cosmovisión, una ideología, ni siquiera una práctica transformadora, sino una experiencia de fe que es, en sí misma, expansiva, aunque no invasiva: que Dios es amor y que todos los seres humanos estamos llamados –y capacitados- para vivir ese amor... Naturalmente, las consecuencias de esta manera de entender la misión son claras: sólo somos testigos del Dios amor cuando entendemos la misión como un ejercicio de amor. Encontrar las mediaciones para expresar ese amor en cada situación histórica concreta: ése es nuestro desafío”* (Meditación sobre la *Definición del Hijo del Inmaculado Corazón de María: Hombres que arden en caridad*, p. 15).

2. No es sólo una cuestión de espiritualidad

Por tanto, no estamos ante un tema exclusivamente espiritual. La cosa es más amplia, más integral. Hoy en la Iglesia no son pocos los que creen que se requiere un *nuevo nacimiento*, como en el caso de Nicodemo (cf. Jn 3, 3 y HAC 43), un nuevo modo de ser, de vivir y de evangelizar.

Echamos en falta algo así como una “experiencia fundante”, que ponga un poquito de orden en el mar de experiencias que somos. Esa experiencia no la podemos provocar. He aquí el núcleo de la cuestión: *nos proponemos vivir de otra manera, sabiendo de entrada que esa vida no la podemos provocar nosotros*. No se trata de vivir como si experimentáramos, engañándonos a nosotros mismos. Se trata de *pedir* la gracia, conscientes de lo que somos y de lo que no somos. La consciencia es una buena aliada de la espiritualidad. Necesitamos pedir, para que se nos dé. Es la promesa de Jesús, pero hace falta que sea *uno* el que pide. Pero no siempre somos uno, en nuestras múltiples divisiones internas. Somos muchos, dentro de nosotros mismos, y no siempre sabemos lo que queremos. La dispersión, tanto a nivel comunitario como personal, resta fuerzas. El reto que se nos presenta hoy no se recoge sólo en la petición de los discípulos: “enseñanos a orar”. Se trata de algo más: “*enseñanos a amar*”. Todo esto puede sonar muy cursi (el mismo título de la Declaración HAC), carente de contorno, apropiado para un día de retiro, pero no para un día de misión o de trabajo.

Ahora bien, a los hombres y mujeres creyentes nunca les ha extrañado la indefinición y la falta de contorno o de forma en el amor. Éste no se deja definir, porque es, ante todo, irrupción del Misterio en la vida de la persona. El amor no se deja interpretar “desde abajo”. Nosotros no podemos explicar ni interpretar el amor. Es el amor el que nos explica e interpreta a nosotros. “*Un amor –escribía Urs von Baltasar- que se me dona sólo puedo ‘comprenderlo’ como un milagro*”. Y es que “*En el momento que afirmo que he comprendido el amor que otra persona me tiene..., este amor es definitivamente malogrado y tomado en vano, y el camino para la correspondencia queda cortado. El amor verdadero es siempre incomprensible y sólo como tal un don*”². Tomemos conciencia de que estamos pidiendo un *milagro*, algo que no sabemos en qué consiste.

La indefinición del amor puede alimentar nuestro escepticismo. Pero puede también purificar nuestras motivaciones. La mayor angustia que puede vivir el ser humano (al final de su vida) consiste en descubrir que no amó lo suficiente a lo largo de su existencia. No es ésa la experiencia del que se abre a la vida con confianza porque, como dejó escrito Juan de la Cruz, “*el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima*”³.

² Hans Urs von Balthasar: *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 2004, p. 52.

³ Nuestra alma muchas veces se limita a animar el cuerpo, no a vivir donde ama.

3. *Una imagen para cuatro dinámicas*

A estas alturas todos los presentes sabemos algo de la alegoría de la Fragua. Los Misioneros Claretianos con este instrumento queremos “revivir la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero” (HAC 55, 4).

Podemos intentar dar un poco de concreción a nuestros buenos propósitos, conscientes de que la llamada de Jesús siempre nos desborda. Precisamente porque nos desborda nos atrae. En numerosas ocasiones hemos podido constatar que nuestra fe y nuestra vida van a veces por caminos paralelos, sin tocarse. Conviene que nos preguntemos con qué alimentamos el espíritu, qué es lo que nos hace crecer en la fe y en las respuestas que una fe viva inspira. A la pregunta por el “cómo vivir” acompañan otras: “dónde bebemos”, o “qué comemos”. Las cuestiones de la fe (de esa fe que toca y da forma a la vida) no suelen ser “urgentes”, pero son las que colorean nuestra vida. El descuido de lo que no es urgente pero sí fundamental, a la larga, siempre se paga. Quizá nos falte determinación para levantar la mirada de tanta *urgencia* y de tanta *comodidad*.

3.1. “*Quid prodest*” (Mt 16, 26)

La experiencia del “*Quid prodest*” en el P. Claret reviste una importancia capital. La pregunta de Jesús (¿de qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si finalmente se pierde?) “hirió el corazón” de Claret (Aut. 68). Algo tiene que herir o tocar nuestro interior para que iniciemos un proceso de vida que merezca la pena. Tenemos que plantearnos preguntas nuevas. O quizá mejor, una pregunta nueva. El autocuestionamiento nos hace falta. Quizá venimos de otros tiempos en los que nos “cuestionábamos” mucho, y nos hacíamos mala sangre. Quizá hemos podido vivir del voluntarismo, porque fuimos estrechos de mente. Necesitamos escuchar una pregunta distinta, que no nos perdone tanto la vida, que me lleve al desierto. Tengo que escuchar una pregunta única, dirigida a mi persona. Tengo que dejarme interpelar, tengo que vivir humildemente, escuchando las voces de la Iglesia, las de mi entorno familiar y laboral, pidiendo ayuda para no salirme con las excusas de siempre o con la soberbia del que cree saberlo todo. Este núcleo es el inicial. Algo me tiene que doler. Si no hay dolor no hay conversión.

La actual crisis de la fe parece tener su origen en el *déficit de lo personal*, en la pobreza humana, en el hecho de que en nuestro interior “*parece que no pasa nada*”. *No se cree porque no hay experiencia humana de fondo, experiencia de amor*. La “*fe es una realidad humana*” y tiene que ver con

las cosas verdaderamente importantes de nuestra realidad humana. La fe no es buena por el hecho de ser fe. La fe tiene que pasar la prueba de la historia, de la vida. Es buena, si de hecho es buena. No hablemos de Dios pensando que somos buenos por el hecho de ser creyentes.

La fe tiene sus raíces en la vida, en sus afectos, en el encuentro y en la confianza compartida. Si falta eso, seguramente faltará la fe. Si falta el amor, faltará la fe. No se cree porque se es bastante torpe en el amor. El que ama percibe la “coherencia de la vida”, y la fe resulta más espontánea y, sobre todo, más robusta. *Sin hombre, sin mujer, difícilmente puede haber creyente, porque el creyente siempre es un hombre o una mujer.* Una cosa es captar la mecánica de la vida (el inteligente) y otra muy distinta intuir su fundamento (el amante-creyente). La cuestión antropológica fundamental no es “¿cómo funciona esto?”, sino “¿qué o quién puede afectar a mi querer?”. ¿Qué puede herir mi corazón? “Quid prodest...”.

3.2. “Patris mei” (Lc 2, 49)

Como Jesús, Claret se centra en los “asuntos del Padre”. La imagen del *fuego* tiene su lugar aquí. Los dos protagonistas de la alegoría son la barra de hierro y el fuego. El fuego simboliza la *experiencia del amor*, la experiencia que permite el crecimiento de la persona. Quizá sea este núcleo del “Patris mei” el que más anhelamos en nuestro hoy eclesial. Anhelamos la experiencia, después de muchos “golpes” dados sobre el hierro frío. Nos damos cuenta de la importancia de este núcleo en algunas de nuestras opciones pastorales. Sentimos el deseo de la experiencia, y el deseo de transmitirla. En otros tiempos transmitíamos, hoy queremos contagiar. En este núcleo se busca el encuentro con el Padre, con el Dios amor. Quizá lleguemos a constatar que no sabemos orar, que hemos enseñado a otros sin que nosotros supiéramos orar, y hemos transmitido la idea del deber y de la conveniencia de la oración, pero no mi propia presencia orante. El reto de esta etapa puede ser el de aprender a orar, el aprender a tratar con Dios, en “sus asuntos”, y no en la bendición de los nuestros. Tenemos que aprender a relacionarnos con Dios de manera menos interesada, menos funcional. Perdonad la provocación: por más seculares que seamos, olvidemos el mundo de cuando en cuando, para dirigirnos a Dios de manera desinteresada y gratuita. Tenemos que aprender a orar con la *Palabra* y con el *silencio*.

3.3. Caritas Christi (2 Cor 5, 14)

Es el momento en el que tomamos la forma de Jesús. Los “golpes” que recibe el hierro rusiente buscan esa forma. Ahí están todos los medios que

habremos de emplear para parecernos a Jesús. Si la imagen del fuego evita el voluntarismo, la mirada puesta en Jesucristo a quien queremos imitar hace lo mismo. La frase que recoge el lema del escudo episcopal del P. Claret nos ayuda a entender el misterio de la salvación acontecida en Jesús: ***“Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*** (2 Cor 5, 14-15). Nos salvamos en la medida en que no vivimos para nosotros. Pero, ¿qué podrá llamar la atención del ser humano de manera tan poderosa como para que se olvide de su propia vida? *Jesucristo crucificado*. No sólo hablamos de medios formativos, sino de “golpes” que nos identifiquen con el Cristo que da la vida, con el crucificado, con el Cristo sufriente. Aquí conviene recuperar toda esa sana ascética que ha ayudado a vivir como Jesús. Y vivir como Jesús es sufrir por amor. Esta mística es la que aparece en la definición del misionero que escribe el P. Claret.

3.4. Spiritus Domini (Lc 4, 18)

Claret nos dice que el Señor le hizo entender que el Espíritu de Jesús estaba sobre él, que le enviaba a evangelizar a los pobres y a sanar los corazones afligidos (cf. Aut. 118). Estamos ante el resultado del proceso. La barra de hierro convertida en flecha o saeta que será lanzada por el Espíritu. En este último núcleo podemos tomar conciencia de lo paciente que ha sido Dios con nosotros. El cambio que se opera en nuestras vidas es asombroso. Quizá nos veamos como poca cosa, pero fijémonos en cómo era nuestra vida cuando empezó nuestra andadura: un trozo de hierro... ¡Cuántas tonterías hemos hecho, de cuántas cosas nos ha librado el Señor...! Podemos ver cómo Dios nos ha ido acompañando. Es bueno que el corazón me diga que si hay algo bueno en mí se lo debo a Él, y que *la mayor gloria de Dios viene a ser mi salvación*. Se trata de una lectura agradecida de mi vida, que me despierta a la generosidad, a darme, a decir que sí. “El don de la vida supone *por su propia naturaleza* la vocación de darse... Es lógica, antes incluso de ser virtud... la gratitud fomenta la gratuidad...”⁴. Una vida “recibida” es una vida “para”. Es verdad que la actividad que desarrollamos diariamente la llevamos a cabo por sentido de la responsabilidad, con la carga de obligación que entraña. Nuestro trabajo está carente de poesía. Pero lo importante es descubrir, de verdad, que hemos sido llamados por Dios. La pastoral vocacional no sólo se realiza en todos los ámbitos de apostolado. Se tiene que vivir en cada edad de la vida. Y, sobre todo, se

⁴ CENCINI, A., en AA.VV.: *El presbítero en la Iglesia hoy*, Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1994, p. 46.

vive en la edad adulta, cuando uno se rinde ante la evidencia, cuando se va intuyendo no sólo la llamada de Dios, sino que sólo ella te da la salud, y que la evangelización sólo es tal cuando se lleva a cabo en su nombre, con el impulso del Espíritu. Los humanos tendemos a confundir la fuerza humana con la de Dios. No son la misma cosa.

Me gustaría terminar esta reflexión con el testimonio vivo de un gran amigo y hermano, Paco Contreras (fallecido de cáncer en mayo de 2009). Sabiendo que se moría de cáncer dejó escrito: *“El cáncer me ha alumbrado los ojos del corazón. Ha abierto una brecha de luz. He descubierto, sintiendo la muerte inminente, que la vida se esclarece cuando una realidad absoluta la ilumina: el amor. Que toda mi existencia sólo merece la pena cuando se vive a partir del amor. Las otras realidades humanas, miserias de nuestra natural condición: la lucha por aparentar más de lo que somos, las intrigas palaciegas, la ambición sin control, la sutil soberbia, la inútil basura que acumulamos... acaban por desaparecer, porque ya dejan de tener sentido en una vida nueva”*⁵.

No se trata únicamente, como podemos ver, de decidirnos por una vida más espiritual y por las estrategias pedagógicas encaminadas a ella, a no ser que confundamos la oración con el amor (esto sería alta mística). No me importaría que se me tachara de “predicador de obviedades”⁶. Ya el Nuevo Testamento lo hacía. Y quisiera terminar citándolo: *“no escribo un mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el principio: que nos amemos unos a otros”* (2 Jn 5).

Xabier Larrañaga, cmf.

⁵ CONTRERAS, F.: *El cáncer me ha dado la vida*, PPC, Madrid 2009, p. 17.

⁶ Las obviedades cansan. Pero cansan cuando creemos saber lo que son. Yo apostaría por el amor, por algo que no sé lo que es. Cuando se nos habla del amor o de temas similares, solemos pensar “esto es muy bonito”. La expresión casi siempre quiere decir: “demasiado bonito para ser real, eso no puede ser cierto”. ¿Por qué pensamos así? ¿quizá porque es algo *distinto* de lo que vivimos habitualmente? Pero, ¿por qué hemos de pensar que lo distinto a lo cotidiano no es verdad? Pensemos en la literatura de todos los pueblos, o en su arte o en su música. Nos presentan cosas “bonitas”. A todos nos gusta que las películas terminen bien, de manera “bonita”. ¿Se puede pensar seriamente que tanto canto al amor, que todo ese anhelo de belleza y de verdad no es más que una pura proyección de una imaginación desbocada? Creo que no. ¿Y si lo verdaderamente real fuese eso tan “bonito”? Imaginad que “eso” diese forma a toda nuestra actividad, a nuestras acciones, a nuestra vida de cada día... Como dijo el teólogo, y como tantas personas queridas nos lo han hecho ver: *sólo el amor es digno de fe*.